



LOS JARDINES DE SANTIAGO RUSIÑOL

“Cómo quien ha buscado un claustro, como trapense de jardines con cipreses, como si se fumase en la pipa las hojas caídas que los jardineros queman como sahumerio del otoño, Rusiñol pintaba jardines y jardines y alguna vez una especie de capilla blanca en

el fondo o algún arco como pura rogativa del arcoíris de primavera de sol”

Ramón Gómez de la Serna

Sitges 17 de agosto de 2023

Sin duda Santiago Rusiñol amaba los jardines, amaba el arte y amaba a Sitges. Sabía cómo buen humanista que la búsqueda del arte era lo único capaz de saciar el alma humana. Sabía que el jardín era el paisaje idóneo para gozar del placer de los sentidos y sabía que Sitges era el lugar de encuentro de todos aquellos peregrinos que necesitan ser curados por la poesía y el arte.

Estaba convencido que era necesario huir de este mundo materialista de finales del siglo XIX que ahogaba el sentido de vida y crear un lugar donde recuperar lo más valioso: la gratuidad de la belleza. En esta búsqueda descubrió Sitges y lo convirtió en su hogar en su particular Arcadía, el lugar idóneo para vivir, crear y soñar. Convirtiendo el Cau Ferrat en un lugar de encuentro, en un oasis de educación, abierto y compartido para alegrar, descansar y deleitar los sentidos.

El Cau Ferrat, fue y continúa siendo su hogar. Así es como lo sentimos y lo percibimos al visitarlo. Un lugar en donde todas las cosas nos recuerdan a él, su nostalgia, su amor por los objetos artísticos, reflejo de la belleza, de creatividad y conocimiento. Un hogar transformado en museo de vida, de pensamiento y de amistad. Los objetos antiguos sus colecciones, sus artistas preferidos, las cosas bellas recuperadas, creadas y compradas. Todas ellas convertidas en antigüedades exquisitas que permanecen a pesar del paso del tiempo que nos explican nuestro pasado nuestra historia y nuestros recuerdos.

Recuerdos que compartimos con el artista y los hacemos también nuestros de todos, formando parte de nuestra identidad cultural.

El Cau Ferrat es el hogar- museo, el lugar al que uno regresa siempre por muy lejos que se encuentre; para recrearse, para compartir, para alegrar y deleitarse con la luz y el azul de un mar, que enmarca el paisaje interior.

Rusiñol nos enseña el valor de lo antiguo, que no es lo mismo que lo viejo. Lo antiguo es lo que permanece en la historia temporal de cada uno. Determina el valor del pasado que se actualiza se interpreta y se proyecta hacia el futuro. “Somos lo que fuimos, lo que soy y lo que seremos” citando al poeta castellano Franciscio de Quevedo.

El pasado, el presente y el futuro se entrelazan en cada instante en cada momento de la vida, no puede entenderse uno sin los otros. Por esto son tan importantes los museos, poder pasear por ellos, contemplar en silencio serenamente aquello que las obras nos ofrecen y nos comunican. Sin palabras con emociones contenidas al mirar con tranquilidad aquello que nos muestran.

Creo que una de las razones de la existencia de los museos, es facilitar que las personas aprendamos a pasear. Hay que volver disfrutar del goce que representa pasear detenidamente y mirar apreciativamente lo que vemos sin juzgar. Despertar la curiosidad por descubrir algo escondido misterioso, aparentemente poco útil y efímero del momento.

Hay que transformarse en visitantes incansables de museos y convertirnos en paseantes, Hoy se pasea muy poco, lo consideramos una pérdida de tiempo, más bien vamos de un lado a otro deprisa, para llegar cuanto antes al sitio elegido. Pertenece a una sociedad cansada de transitar y aburrida de tanta actividad que no nos permite recordar nada. Hay que reivindicar el acto de pasear sin intencionalidad por llegar a algún lugar, simplemente de ser paseantes del encuentro. Porque el fin está en disfrutar del camino y de las personas con quien nos encontramos.

Rusiñol lo sabía, por eso creo el Cau Ferrat. Un lugar para visitar pasear y encontrarnos. Hay que estarle inmensamente agradecidos.

Sus amigos le conocían bien, sus pasiones, su sentido del humor, su dedicación incansable al arte, su curiosidad y su amor a sus jardines.

¿Por qué el jardín fue el paisaje más querido, más recreado? ¿Qué habita en el jardín para que atraiga la mirada del artista?

En uno de los cuadros colgado en el pórtico de su hogar titulado:” La Alegoría de la poesía” simboliza todo lo que el autor intuye como significado de la poesía y dónde tiene lugar su nacimiento: un sendero, las flores, la arboleda, la fuente de agua cristalina, el silencio, la mujer y el sentimiento amoroso, un paisaje que despierta emociones a través de una sensibilidad sutil tan solo insinuada. Un equilibrio de perfección búsqueda y sosiego.

La ensoñación se respira en el jardín. El jardín es el lugar perfecto para poder pasear, mirar y respirar. Simplemente sentir y escuchar.

En el jardín uno se encuentra así mismo. El silencio permite poder escuchar el sonido del agua de la fuente, el canto de los pájaros y el respirar de las hojas, cuando bailan con la melodía del viento. La soledad es el momento crucial del acto creativo. La soledad es lo propio del jardín

Hoy huimos del silencio nos aterra estar solos, estamos enganchados al ruido de palabras que nos alejan de nosotros mismos. Rusiñol lo sabía y por esto fue el jardinero del paisaje. Y en cada jardín pintado se encontraba a sí mismo y permitía que mirando nos encontrásemos también a nosotros mismos.

Cada jardín pintado es un mundo único e irrepetible que se eterniza en el cuadro. Como la vida misma. No hay dos jardines iguales, cambia en cada instante, por esto pinto tantos y en cada uno de ellos captaba la nostalgia, el misterio de la luz reflejada en el estanque, en las nubes.

El jardín tiene vida propia cambia según la estación, en cada momento del día por esto el artista se afanaba en captar el instante preciso de luz de emoción. Intentaba captar la multiplicidad de estímulos sensoriales en el instante intenso del presente, que sabía que no volvería a pasar.

No hay jardín sin un jardinero que sepa cuidarlo con ternura, con cuidado. El jardín es el lugar donde la naturaleza y la humanidad convergen y colaboran. Es allí donde nace el pensamiento filosófico en los jardines del pensamiento. Es símbolo de plenitud de gratuidad y de belleza.

Dios creó el paraíso en el Jardín del Edén donde florecían las delicias de la vida para que el hombre fuese feliz. Y el hombre construyó una de las siete maravillas del mundo los jardines colgantes de Babilonia. A partir de entonces el jardín se convirtió en aquel

lugar anhelado por los arquitectos y artistas que engalanaban con su ingenio la naturaleza.

Rusiñol se dedicó a redescubrir la sensualidad de los jardines que encontraba y dialogó con cada uno de ellos, fue el jardinero fiel que embelleció con su maestría y emoción los jardines de las ciudades. Fue famoso por ello.

Hoy apenas hay jardines en las ciudades se han sustituidos por los parques. Son más prácticos sirven para hacer algo útil: correr, saltar, patinar en un movimiento continuo, la hiperactividad constante. Son fáciles de mantener y no requieren atención. No busques la paz ni el sosiego en el parque, no lo encontrarás.

Los jardines requieren cuidado, paciencia y tiempo. Hoy se adolece de tiempo, de ternura y de paciencia, las ciudades y los ciudadanos carecemos de ellas.

Los poetas viven en los jardines y descubren su encanto por este motivo es tan difícil encontrar jardines y encontrar poetas.

Rusiñol nos anima a encontrar nuestro propio jardín exterior e interior para soñar y para perdernos y volvernos a encontrar. Porque la vida va de eso, de buscar y encontrarse con uno mismo y con los demás. El jardín es un símbolo de plenitud de belleza de ternura de una naturaleza viva de la cual todos formamos parte.

Recomiendo pasear con la imaginación por los jardines que Rusiñol pintó, uno a uno detenidamente ser capaces de pasear por los caminos, senderos laberintos y retener en nuestra retina y en el corazón este paseo.

Deleitarnos con el placer de escuchar y saborear su silencio, su perfume, la frescura del agua de la fuente, el reflejo de las nubes en el estanque. Todo lo que fue capaz de captar con sus pinceles y con su mirada.

Quizás a lo lejos veamos aparecer su figura con su sombrero, su pipa y su paleta pintando su último jardín, despidiéndose del cuadro, pero siempre en nuestro corazón. Quizá en esto consiste el mérito de un artista.

Objetivo logrado

Siempre agradecida

Clara de Montefalco